

Jean-Luc NANCY, *L'Équivalence des catastrophes (Après Fukushima)*, Paris: Éditions Galilée, 2012, 80 págs.

¿Hay en la tierra una medida?
No hay ninguna.

Hölderlin.

*L'Équivalence des catastrophes (Après Fukushima)*¹, así se titula la intervención que en 2012 editara Jean Luc Nancy en un intento por pensar la catástrofe que tuvo lugar en Japón, en 2011, luego de que un terremoto sacudiera la construcción de la central nuclear homónima. Nuevamente, como ya lo dijera en *La comunidad enfrentada* (2007: 11), Nancy arremete la cuestión fundamental de las catástrofes de nuestro tiempo como “una cuestión de pensamiento, inclusive [sobre todo] cuando se trata de sus implicaciones más materiales”. La apuesta, entonces, es la de *pensar* Fukushima: esa catástrofe que no sin absoluta negligencia podemos seguir llamando *natural*. Pero también *pensar* Fukushima, esa catástrofe, allí donde la posibilidad misma de que ésta haya tenido lugar tensa su singularidad y la reenvía inexorablemente a un plural catastrófico que la homologa y la indiferencia: Fukushima, Hiroshima, Auschwitz, Tchernobyl, nombres que señalan hacia una equivalencia que es, ella misma, *catastrófica*. *Pensar*, en última instancia, volver a pensar –ese gesto que también convoca hoy su plural– la pregunta misma por el pensamiento, el arte, la filosofía y la crítica *después de*.

Después de Fukushima, en suma, Nancy arremete nuevamente la cuestión del pensamiento atravesado por la signatura catastrófica para pensar su forclusión como condición y potencia de las catástrofes de nuestro tiempo. La apuesta en última instancia es la de leer esa signatura en el pensamiento para pensar el presente en presente: el presente de un pensamiento arrebatado por las catástrofes.

¹ Hasta donde tenemos conocimiento no circulan ediciones de este libro en español, razón por la cual realizamos la traducción de las citas correspondientes. Lo mismo vale para las citas que pertenecen al capítulo “De la struction” incluido dentro de: Aurélien BARRAU y Jean-Luc NANCY, *Dans quels mondes vivons-nous?*, Paris: Éditions Galilée, 2011. Otra versión al español de este último texto puede ser encontrada en Jean-Luc NANCY, “De la técnica o de la strucción” en *Archivida. Del sintiente y lo sentido*, Buenos Aires: Quadrata, 2013 [traducido por: Marie Bardet y Valentina Buló]. En las páginas que siguen, sin embargo, proponemos una traducción levemente modificada de las citas en cuestión, la cual ha sido cotejada con la versión de Bardet y Buló.

I

Auschwitz y Fukushima no son equivalentes, como tampoco lo son Fukushima y Tchernobyl o Auschwitz e Hiroshima. No son equivalentes en gravedad, en amplitud ni en desolación; su singularidad, en este sentido, no debiera ser reducida. Sin embargo, es eso justamente lo que está en riesgo. A pesar de sus enormes diferencias, para Nancy, Auschwitz e Hiroshima son nombres que remiten a una mutación de toda la civilización: aquella que marca el comienzo de una “racionalidad técnica al servicio de fines inconmensurables con todo fin hasta allí apuntado, puesto que esos fines integran una necesidad de destrucción no solamente inhumana [...] sino enteramente concebida y calculada a la medida de un anonadamiento”². Una medida, afirma Nancy, que “debe ser comprendida como desmedida, como exceso en relación a todas las formas de violencia mortal que los pueblos habían conocido”³ en tanto lo que se somete bajo su poder no es sólo las vidas sino “la vida en sus formas, relaciones, generaciones y representaciones; la vida humana en su capacidad de pensar, de crear, de disfrutar o de soportar se precipita en una condición peor que la desgracia misma: un atontamiento, un extravío, un estupor sin recursos”⁴.

Es al interior de este exceso que constituye nuestra *actualidad*, es decir, al interior del desarrollo autónomo de finalidades indiferentes a la existencia (del mundo y de sus existentes) que, según Nancy, Fukushima debe ser repensada para hacerle justicia. Allí donde no es lo mismo un bombardeo, un campo de exterminio o la central nuclear de un país sacudida por un sismo, algo sin embargo impide pensar Fukushima como un accidente natural o providencial ya que, en principio, este exceso atenta incluso contra la noción misma de naturaleza y providencia. “Ya no hay catástrofes naturales: no hay más que una catástrofe civilizacional que se propaga en toda ocasión”⁵, apunta Nancy. Y es allí, entonces, a la luz de este diagnóstico que resulta necesario, urgente, repensar nuestro mundo –este mundo que es el mundo de la creación humana– más allá de la distinción, que otrora supo hacer sentido, entre Naturaleza y Técnica.

Porque la técnica ya no puede oponerse a la naturaleza, aquella ya no remite a un conjunto de operaciones o procedimientos, sino que indica sin más el modo de

² Jean-Luc NANCY, *L'Équivalence*, op. cit., pág. 25-26.

³ *Ibid.*, pág. 26.

⁴ *Ibid.*, pág. 27.

⁵ *Ibid.*, pág. 57.

nuestra existencia: ya no hay una tal oposición desde que la técnica construyó y destruyó, al mismo tiempo, la idea de naturaleza, haciendo caer con ella la estructura entera de representaciones que organizaba el pensamiento occidental. En un sentido, sugiere Nancy en “De la struction” –a partir de los aportes de Jacques Derrida sobre la lógica del suplemento y de Heidegger sobre “el último envío del ser”–, la técnica expone la realización extrema y a la vez extremadamente vacía de sentido de la naturaleza: la de ser desprovista de fin. Donde decíamos “la rosa es sin porqué/ florece porque florece”, nuestra tendencia poética o metafísica supo sostener, de manera más o menos latente, una relación con el reino oculto de una gratuidad del ser de la que la técnica nos ha limpiado por completo. Lo que el filósofo denomina “inconsciente tecnológico” es hoy el tejido enredado de todos los seres al interior de un orden propio, relativamente autónomo, donde los fines y los medios no cesan de intercambiar sus roles: los fines son pensados como medios y los medios valen como fines o, mejor, “los fines se revelan sin fin y los medios, a su turno, fines temporarios de donde se engendran nuevas posibilidades de construcción”⁶.

Y es en este punto, justamente, que la técnica y el nihilismo exponen su carácter reversible: “allí donde hasta aquí representábamos sobre todo una destitución de fines (valores, ideales, sentidos) se presenta más intensamente su multiplicación indefinida al mismo tiempo que su equivalencia y su sustituibilidad”⁷. En la proliferación y transformación incesante que hurta al pensamiento la posibilidad de relacionarse con cualquier perspectiva última (ya sea la de la historia, la sabiduría, la salud, etc.) lo que se arriesga es no sólo toda posibilidad de pensamiento y sentido sino la existencia misma como fin en sí, expuesta como está a:

“[...] una servidumbre por la cual nos sentimos esclavos de la técnica y de aquello que es su corolario manifiesto: el capitalismo en tanto que producción infinita de valor productible, intercambiable y susceptible de un crecimiento exponencial. El valor en tanto que valor monetario representa de algún modo a la naturaleza invertida: aquello que crece de sí mismo pero cuya realización se confunde con el crecimiento indefinido y sin floración ni fruto”⁸.

El diagnóstico de Nancy es claro. El desarrollo técnico autónomo e ilimitado, en conexión con un capitalismo expandido, parece absorber hoy todas las esferas

⁶ Aurélien BARRAU y Jean-Luc NANCY, *Dans quels mondes vivons-nous?*, op. cit., pág. 83.

⁷ *Ibid.*, pág. 84

⁸ *Ibid.*, pág. 85

de la existencia de los hombres y sus relaciones privándonos, al mismo tiempo, de cualquier promesa, de cualquier posibilidad revolucionaria, dialéctica o de resistencia. La técnica monetaria supo reabsorber “todos los valores posibles en el valor que define la equivalencia, el intercambio o la convertibilidad de todos los productos y de todas las fuerzas de producción”⁹: en valor moneda, en suma, esa representación fetichizada, cosificada, de la pérdida de sentido y de la pérdida de valor en la que lo incalculable es calculado como equivalencia general.

Desde el momento, entonces, en que esa equivalencia general devino interconexión de todas las finalidades y posibilidades, incluso de pensamiento, nos encontramos frente a un diagnóstico del capitalismo que ya no admite ser pensado ni en términos de crisis, ni de superación, ni de prestación histórica. Si para Marx “la equivalencia del dinero podría ser desmitificada en favor de la realidad viva de una producción de la que la verdad social sea la creación de la humanidad verdadera”¹⁰ en donde, por consecuencia, la naturaleza recuperaría sus derechos como “la floración y la fructificación de un valor o de un sentido independiente de toda medida, de toda equivalencia y de toda posibilidad de sustracción como de acumulación”¹¹, hoy debemos asumarnos más allá de este diagnóstico: pensarnos en el horizonte actual de un capitalismo que ha acabado por subsumir la totalidad de la existencia a la lógica catastrófica de la valoración equivalente.

Allí, lo que era dominio de los hombres se vuelve sujeción, “lo que era poder de los hombres -poder de sus técnicas pero también de su capacidad de resistencia a ellas- ejerce un poder autónomo sobre nosotros y los existentes”¹² tornando todo progreso en un empeoramiento de nuestra condición. Quizás por ello nuestro tiempo, como nunca antes, es aquel que se sabe capaz de un “fin de los tiempos” humano, técnicamente posible, verosímil y sin revelación ulterior. Y, si en este contexto la singularidad de Fukushima sólo puede pensarse en relación a un plural catastrófico alojado en nuestra memoria histórica, es porque cada una de las catástrofes que hemos sabido suscitar responden y repercuten, en adelante, sobre un nudo inextricable de sistemas interdependientes: “ecológico, socio-político-ideológico, técnico-científico-culturo-lógico, etc.”¹³; sistemas que remiten y dependen, a

⁹ Jean-Luc NANCY, *L'Équivalence*, op. cit., pág. 52.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 54.

¹¹ Aurélien BARRAU y Jean-Luc NANCY, *Dans quels mondes vivons-nous?*, op. cit., pág. 85.

¹² Jean-Luc NANCY, *L'Équivalence*, op. cit., pág. 37.

¹³ *Ibid.*, pág. 15.

su vez, de una interconexión general: la del dinero por el cual funcionan todos ellos y hacia el cual, en última instancia, reconducen.

II

En este diagnóstico epocal que nos sitúa al límite de una tragedia sin catarsis, lo que se arriesga (y lo que está en riesgo, al mismo tiempo) es la posibilidad misma de *pensar*, de afirmar aún un sentido y un valor allí donde ambos términos parecen suspendidos. ¿Qué puede la filosofía decir *después* de Fukushima?; allí donde el *después* refiere menos a una sucesión temporal que a una ruptura, menos a una anticipación que a un suspenso. ¿Cómo pensar modos de resistencia que no sean ni de control de las fuerzas, ni de cálculos ni de soluciones que permanecen aún al interior de un horizonte inmodificado del progreso y del dominio de la naturaleza, en suma, al interior de la equivalencia que no es sino el estatuto de las fuerzas autárquicas que “se combaten y se compensan, se sustituyen las unas a las otras, generando un desarrollo indefinido que reenvía de lo mismo a lo mismo”¹⁴?

En la tautología que condena a la remisión permanente de la acción a la reacción de lo que se tratará, en cambio, afirma Nancy, es de pensar modos de *relación* entre *incomensurables*, entre *inequivalentes*, es decir, entre lo que permanece ajeno a todo cálculo posible abriéndose sobre “la distancia y la diferencia absoluta de lo que es otro –no solamente otro hombre sino también lo otro del hombre: animal, vegetal, mineral, divino–”¹⁵. Se tratará de intentar formular un pensamiento escapando “tanto a la deploración cuanto al modo de empleo, tanto a la imprecación cuanto a la fascinación y, sobre todo a la suspensión del pensamiento”¹⁶. Un pensamiento más allá de la crisis y del proyecto, de la regeneración o de la nueva generación; un pensamiento no-moderno, es decir, un pensamiento que nos haga salir de la equivalencia interminable de los fines y los medios, de la finalidad misma, de cualquier intención de futuro concebido como la unidad de un sentido por venir.

Contra toda proyección ulterior, sugiere Nancy, se tratará de “pensar el presente y en presente”¹⁷. Y eso, para comenzar, implicará asumir que si la destrucción ha sido el modo de construcción de lo moderno (Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud mediante), lo que está en juego en este diagnóstico tecno-nihil-capitalista actual ya

¹⁴ *Ibid.*, pág. 45.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 47.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 21.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 62.

no será ni la construcción, ni la destrucción, ni la instrucción sino la *strucción* como tal. Cito:

“Allí donde el paradigma había sido arquitectural y, por consecuencia también, de manera más metafísica, arquitectónico, devino para comenzar estructural – composición, ensamblaje, pero sin finalidad constructiva– luego *structivo*, es decir, relativo a un ensamblaje lábil, desordenado, conglomerado o amalgamado más que conjunto, reunido, combinado o asociado”¹⁸.

Struo significa “amontonar, apilar”: es decir ninguna relación de ordenación, de organización o de coordinación. Esa parece ser la lección de la técnica: “Lo que nos es donado no consiste más que en la yuxtaposición y la simultaneidad de una co-presencia de la que el *co-* no tiene ningún otro valor particular más que el de la contigüidad o de la yuxtaposición dentro de los límites según los cuales el universo mismo se dona”¹⁹ y que hoy, sabemos además, se dona también sin límites. Un “co” privado del valor del reparto [*partage*], un “con” que sólo indica una contingencia y una contigüidad que al mismo tiempo que desvía el sentido de la construcción nos expone a una ontología donde el ser ya no podrá ser pensado según la metafísica de la presencia a sí ni de la identidad. En el reino de la técnica “‘ser’ no es más en sí, sino contigüidad, contacto, tensión, torsión, crecimiento, agenciamiento”²⁰ abierto sobre la realidad de su insuposición, del sin-esencia de su existir.

Si la *strucción* no nos ofrece más que una errancia de comparencias sobre la que ya no podremos arrojar ningún manto de sentido preconcebido, ningún modelo de inteligencia ni valores axiológicos; si la lógica, esto es, la ontología, la mitología y la ateología de la *ecotecnia* (que devino nuestra ecología, economía y nuestra gestión de subsistencia), no sólo habrá vuelto indiscernibles los medios y los fines, la construcción y la destrucción sino también los beneficios y los perjuicios, *después de Fukushima* no nos queda más que reinventar un sentido. Reinventar un sentido en la estrechez del sentido, en su signature catastrófica que amenaza con subsumir el no-retornarse y el no-pertenecerse de la existencia en la insensatez del exterminio, la expropiación y la valoración equivalencial de la técnica y el capital.

Reinventar un sentido que es en principio reconocer que todavía, aún en la *strucción* se afirma un sentido, que “carecer de sentido, estar en la estrechez del

¹⁸ Aurélien BARRAU y Jean-Luc NANCY, *Dans quels mondes vivons-nous?*, op. cit., pág. 90.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 91.

²⁰ *Ibid.*, pág. 92.

sentido, es eso mismo el sentido”²¹. Un sentido que responda a la “‘destinoerrancia’ que significa que si no vamos a algún fin -ni por providencia, ni por destino trágico, ni por historia producida- sin embargo no estamos sin ‘ir’”²², sin recorrer, sin atravesar, sin hacer experiencia del límite. En esa coyuntura, la *strucción* al tiempo que indica un diagnóstico catastrófico de nuestro presente abre la posibilidad de otra relación con él, con este presente que nunca llega a realizarse en presencia. Una relación, afirma Nancy, que se abre y tiende hacia un presente que *sobreviene*, que *se presenta*, que comparece próximo afirmando un valor que “no es solamente aquel de lo imprevisto o de lo inaugural -no solamente el valor de ruptura o de regeneración de la línea del tiempo- sino también el del pasaje, el de la fugitividad mezclada con la eternidad”²³. Un presente que no es:

[...] el de lo inmediato, el de la pura y simple posición inerte donde la razón o el deseo se inmovilizan en el estupor o en la saciedad, sin pasado ni porvenir, y tampoco es el del instante fugaz o fulgurante de la decisión, esa decisión ejemplar que toma el *especulador* que bascula millones de una cuenta a la otra: este presente es aquel que se escapa hacia un futuro que deseamos y queremos ignorar a la vez (lo que no impide que se evada igualmente hacia un pasado de nostalgia o de colección de antigüedades). Hablo de un presente en el cual se presenta algo o alguien: el presente de una venida, de una aproximación. Es entonces exactamente lo contrario de la equivalencia general -que es también la de todos los presentes cronométricos que se suceden y que se trata de contar. Lo contrario, es la inequivalencia de todas las singularidades: la de las personas, la de los momentos, los lugares, los gestos de una persona, la de las horas del día o de la noche, la de las palabras dirigidas, las de las nubes que pasan, la de las plantas que crecen con una lentitud sabia”²⁴.

Un presente que tiene su finalidad y finitud en sí mismo, en este sentido como la técnica, pero sin representaciones finales. Un presente finito pero que hace espacio, por ello, a la posibilidad de una apertura a lo infinito: al “conocimiento de la existencia como capacidad infinita de sentido”²⁵.

²¹ Jean-Luc NANCY, “Un pensamiento finito” en *Un pensamiento finito*, trad. J. C. Moreno Romo, Barcelona: Anthropos Editorial, 2002, pág. 14.

²² Aurélien BARRAU y Jean-Luc NANCY, *Dans quels mondes vivons-nous?*, op. cit., pág. 103.

²³ *Ibid.*, pág. 95.

²⁴ Jean-Luc NANCY, *L'Équivalence*, op. cit., pág. 64-65.

²⁵ *Ibid.*, pág. 63.

Pensar, entonces, en el horizonte *structivo* y catastrófico de la equivalencia general, pensar *después de Fukushima*, hacer aún un sentido allí donde avizoramos una derrota general del sentido (en todos los sentidos), ensayar una relación con el conjunto proliferante y errante de cosas y seres, una relación que no se cosifique en una nueva mercancía intelectual, esa parece ser la tarea y la oportunidad. Pensar el fin y ensayar un pensamiento finito “del ‘sentido’ como lo que no es ningún fin a alcanzar, sino aquello de lo que es posible estar próximos”²⁶. Un pensamiento en presente y del presente, sobredeterminado por la ética ontológica que lo expone a su propio sentido inapropiable y sin fundamento. Un pensamiento rendido a la existencia, cada vez singular y finita (sin fin, ni meta, ni cumplimiento): una consideración cada vez particular de lo singular, una atención, una tensión, un respeto, incluso una adoración. Una estima, en suma, que no es una estimación o una evaluación, sino que se dirige por el contrario hacia algo más precioso que cualquier precio, hacia algo inestimable, incalculable para afirmar, finalmente: “la igualdad común”²⁷, comúnmente inconmensurable: un comunismo de la inequivalencia”²⁸.

Franca Maccioni

franca.maccioni@gmail.com

²⁶ *Ibid.*

²⁷ En este punto vale aclarar que la *igualdad*, no es la equivalencia. Ella refiere, por el contrario, a la estricta igualdad en dignidad de todos los seres como valor inestimable que vale absolutamente. En este punto Nancy arremete (como ya lo hiciera en *La verdad de la democracia*, Buenos Aires: Amorrortu, 2009) una crítica a la equivalencia de los individuos y a la atomización de los sujetos a las que lleva a pensar, hoy, la idea de democracia al interior del triunfo del sistema tecno-nihil-capitalista.

²⁸ Jean-Luc NANCY, *L'Équivalence*, op. cit., pág. 69.